
La vocación profética. Casi ausente en los comunicadores cristianos de hoy

Carlos Ayala Ramírez

Una tarea esencial. En el más reciente mensaje del Papa Juan Pablo Segundo para la XXXV Jornada Mundial de las comunicaciones sociales, "Proclamar desde los terrados: el Evangelio en la Era de la Comunicación Global", el Papa recuerda una tarea esencial que tienen que desarrollar los comunicadores cristianos: su vocación profética, es decir, clamar contra los falsos dioses e ídolos de nuestro tiempo.

La referencia que hace el Papa a la vocación profética es necesaria y oportuna, si tomamos en cuenta que hoy día la mayoría de comunicadores y de medios de comunicación cristianos de las distintas denominaciones, parecen no tomar muy en serio esa tarea creyendo que es algo que ya no tiene vigencia porque, se supone, la realidad ha

cambiado o porque no la consideran esencial a su misión evangelizadora.

En efecto, si uno explora la variedad de programas, con *contenidos cristianos*, que existen tanto en la radio como en la televisión, constata que prevalecen as predicaciones confesionales, las oraciones y devociones, las apariciones y curaciones milagrosas, los llamados a la conversión moralista e individualista, los himnos y alabanzas celestiales. La lista puede seguir, y en ella no aparece por ningún lado la vocación profética. No vamos a ahondar ahora en las razones que han llevado a la merma de esta vocación. Queremos únicamente recordar los contenidos de esta dimensión profética y la necesidad de que tanto comunicadores como medios cristianos encuentren en ellos una fuente que inspira y potencia su quehacer comunicativo.

La vocación profética. El profeta no se dedica a predicar por propia iniciativa, ni por aliciente personal. Lo hace por encargo expreso de Dios y ocurre en un momento fundamental de su vida, que es la vocación. En los relatos de la vocación aparecen con frecuencia una serie de elementos que se repiten: el encuentro con Dios; la orden de Dios de ir a predicar; la objeción del profeta, que se resiste a veces; las palabras de ánimo por parte de Dios. La vocación profética y la actividad posterior introducen en estos hombres dos grandes cambios: hacia dentro, la alteración, y hacia afuera, el escándalo. Hacia dentro, todo se vuelve distinto: la vocación afecta a su trabajo ordinario, a su vida familiar, incluso a su modo de ser más profundo. Hacia fuera, el profeta provoca escándalo. La gente no lo acepta, rechazan su palabra, lo critican e insultan, lo expulsan, encarcelan o matan.

El mensaje profético. El mensaje profético se puede organizar en torno a dos grandes núcleos: la denuncia y el anuncio. Ambos aspectos son necesarios y esenciales en los planes de Dios. Si se presentan por separado o desencarnados de la realidad pierden su eficacia histórica. La denuncia expresa un profundo realismo, desencarnados la manipulación de Dios, la injusticia social, el imperialismo militar y el imperialismo económico. El *anuncio* abre a la realidad hacia nuevas y mejores posibilidades: la convivencia humana puede y debe ser justa, racional y fraterna. El establecimiento del derecho y la justicia para el débil es prioridad en el proyecto de Dios.

De ahí que la palabra profética sea una palabra parcial que expresa la opción amorosa de Dios hacia aquellos amenazados o aniquilados en su misma vida; una palabra novedosa porque anuncia una convivencia radicalmente distinta a la establecida, donde es posible la justicia, la verdad, la misericordia y la reconciliación; una palabra atacada y perseguida porque pone al descubierto los males de la realidad; una palabra, en suma, conflictiva porque es parcial y novedosa, y porque en ella se expresa con poder la voluntad de Dios contra el pecado del mundo. No es, pues, una palabra conciliadora, ni negociadora, ni condescendiente con la miseria humana (*cf.* J. Sobrino, *Monseñor Romero*, pp.152-155).

Necesidad de la palabra profética en los comunicadores y en los medios de comunicación cristianos. La determinación cristiana de la vocación profética se sostiene sobre tres ejes fundamentales: 1) la convicción de que el futuro del mundo es el reino de Dios (liberación total y global de la creación, finalmente purificada de todo lo que la oprime, transfigurada por la presencia plena de Dios); 2) la contrastación crítica del anuncio del reino de Dios con una situación histórica determinada y 3) la relación dialéctica entre utopismo y profetismo, de tal manera que si al profetismo cristiano le faltara utopía correría el peligro de caer en el pragmatismo ineficaz y, si a la utopía le faltara profetismo caería en el idealismo estéril e ingenuo. Atendiendo a los grandes retos que enfrentan nuestros países, la vocación profética demandaría de los comunicadores y medios de comunicación cristianos promover de manera prioritaria la cultura de la vida, reconociendo a Dios como su único autor y procurando que todos, especialmente los pobres, la tengan en abundancia. Concretamente, vida en abundancia significa el derecho de nacer (la paternidad y la maternidad responsable dentro de una sociedad que la facilita y la hacer respetar), el derecho de vivir (la satisfacción de las necesidades básicas para llevar una vida digna), el derecho de convivir (en la verdad, la justicia, la libertad y la paz) el derecho de creer y tener esperanza (búsqueda de plenitud del sentido de la vida).

La vocación profética demanda de los comunicadores y de los medios cristianos una palabra crítica sobre el escandaloso contraste entre el lujo y el hambre, entre minorías que viven en la abundancia y las mayorías que lo hacen en la miseria.

¿Quién puede dudar que, en un mundo de miseria y de hambre como el que vivimos, las fortunas de las 358 personas que juntas poseen el equivalente al ingreso per cápita del 45% de la población mundial, son esencial y gravemente pecaminosas y merecedoras de denuncia? ¿Cómo puede estar ausente la palabra profética en un mundo donde cada minuto se gasta 1.8 millones de dólares en armamento militar, donde cada hora mueren 1,500 niños de hambre o de enfermedades causadas por el hambre, donde cada día se extingue una especie de animales o de plantas, donde cada mes el sistema económico mundial añade 75.000 millones de dólares a la deuda del billón y medio de dólares que deben los pueblos del tercer mundo? ¿Cómo puede estar ausente la palabra profética, al interior de la Iglesia, cuando se corre el peligro de que ésta pueda convertir su autoridad en dominación, esté más atenta a los privilegios y ventajas institucionales que a su misión, viva sin encarnarse entre los pobres o pueda perder el horizonte del reino de Dios? ¿Cómo puede estar ausente la palabra profética, entre los cristianos, cuando hoy día se cultivan más los sentimientos y emociones religiosas que el seguimiento de Jesús de Nazareth, cuando se fomentan o toleran movimientos interioristas que se desatienden de la creación de Dios y que pretenden encontrar a Dios fuera de la historia?

Qué bueno que el Papa nos haya recordado la necesidad de poner a producir la vocación profética. Tal vez ello nos anime a recuperar el espíritu de los profetas de Israel. Nos ayude a reconocer a los profetas de nuestro tiempo y a ser capaces de proseguir sus pasos.

[Tomado de. Revista Carta a las Iglesias. El Salvador. Dirección Electrónica
<http://www.uca.edu.sv/publica/cartas/ci475.html#Vocación>]